

TERAPIA DE CONVERSIÓN

A lo largo de los siglos y en todo el mundo, la atracción y práctica del mismo sexo han sido consideradas antinaturales. Nuestra fisiología nos lo dice, nuestras conciencias también, y el hecho irrefutable de que nuestra raza requiere heterosexualidad para su existencia. La Biblia, entonces, desarrolla lo que ya sabemos, pero suprimimos (Rom. 1:18-32), a saber, que el don del sexo nos ha sido dado divinamente para ser disfrutado dentro del compromiso pactual del matrimonio monógamo, y que la homosexualidad es, por lo tanto, una pecaminosa transgresión del orden creado por Dios. Florece solo en sociedades inclinadas al pecado y divinamente entregadas a él.

LAS PRÁCTICAS

Esta conciencia general de la anti-naturalidad de las aberraciones sexuales explica por qué fue la profesión médica y no la iglesia cristiana la que introdujo la terapia de conversión.

- En 1899, el psiquiatra alemán Albert von Schrenck-Notzing (1862–1929) afirmó haber revertido la homosexualidad de su cliente mediante 45 sesiones de hipnosis y una visita a un burdel. 
- Sigmund Freud (1856–1939) planteó la hipótesis psicológica de que los humanos nacen innatamente bisexuales, pero que los hombres se vuelven homosexuales debido al condicionamiento. Negó, entonces, que la homosexualidad fuera una enfermedad, sin embargo, algunos de sus colegas discreparon, introduciendo nuevas intervenciones psiquiátricas para “curar” al gay. 
- El endocrinólogo austriaco Eugen Steinach (1861–1944) veía la homosexualidad en términos físicos, comenzando en los testículos. Esto resultó en la década de 1920 en castraciones y la curiosa sustitución de testículos “heterosexuales”. 
- Otros tratamientos incluyeron la terapia electroconvulsiva y técnicas extremas como lobotomías y electrodos implantados directamente en el cerebro. El pionero de la técnica, el psiquiatra estadounidense Robert Galbraith Heath (1915–99), utilizó estimulación cerebral, contrató prostitutas y pornografía heterosexual, para “cambiar” la orientación sexual de hombres gay. Heath afirmó tener éxito, pero su trabajo es cuestionado y criticado por motivos metodológicos. 

- Luego vino la “terapia de aversión”, basada en la premisa de que el asco por la homosexualidad mata el deseo del mismo sexo. Bajo supervisión médica, a hombres gay se les administraron químicos para hacerlos vomitar al mirar fotos de sus amantes. Otros recibieron descargas eléctricas —a veces en sus genitales— para estropear su gusto por la pornografía gay o el travestismo.

LA REACCIÓN

Comprensiblemente, hoy presenciamos un rechazo a las terapias de conversión y aversión. El gran cambio se hizo visible en 1973 cuando la American Psychological Association eliminó la homosexualidad del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales, y cuando los profesionales médicos comenzaron a distanciarse de las técnicas históricas. Una serie de razones explican esto.

Primero, los medios no reflejaban el fin. El fin era bien intencionado —libertad de la esclavitud sexual— pero los medios, especialmente cuando se imponían, iban de lo humillante a lo bárbaro. Sin consenso en la comprensión de la homosexualidad, la profesión médica experimentó efectivamente con hombres gay. Dicho esto, es seguramente hipocresía oponerse a la experimentación mientras se defienden cirugías bárbaras de manipulación de género.

Segundo, la terapia tuvo resultados mixtos y limitados. Fueron principalmente exteriores (restringiendo la conducta) y no erradicaron la causa fundamental de la orientación, a saber, un corazón depravado. Así, médicos de diversas disciplinas consideraron correctamente la homosexualidad como una enfermedad física, psiquiátrica o psicológica, pero omitiendo la ley de Dios y la constitución espiritual del hombre, pensaron, en medio de la creciente soberbia de sus disciplinas intelectuales, que la homosexualidad podía ser curada por medios humanos.

Tercero, la ciencia (el estudio de datos observables) se ha transformado cada vez más en la religión del Cientificismo (la inyección de presuposiciones sin Dios en la lectura de datos). Cuando, entonces, se dice que el establishment médico ahora concuerda en que la homosexualidad no es una cuestión de elección, estamos obligados a preguntar si eso es ciencia o Cientificismo hablando. Los cristianos estiman la ciencia como el llamado de Dios a estudiar el universo observable, pero nos negamos a someternos al Cientificismo. La agenda atea del Cientificismo es precisamente lo que nos impide desechar la necesidad de conversión junto con la terapia.



HOSTILIDAD DE CONVERSIÓN

Irónicamente, mientras los profesionales de la salud daban un giro de 180 grados, comenzaron a surgir grupos de base religiosa con sus formas de “conversión” (también conocida como terapia “reparativa”). A veces se anunciaban como ministerios “ex-gay”, y sus métodos variaban desde la terapia de conversación hasta exorcismos. Se dice que en campamentos y conferencias de “conversión gay”, las personas LGBTQ fueron aisladas de familiares y amigos, hipnotizadas, se les dijo que oraran hasta que su homosexualidad disminuyera, se les instruyó a golpear efigies de sus padres, fueron objeto de burla, se les enseñaron “roles de género” adecuados y se les dijo que su sexualidad era antinatural y pecaminosa. (<https://pixabay.com/vectors>.)

UNA RESPUESTA CRISTIANA

Como receptores de la gracia de Dios, los cristianos reconocemos el hecho de que solo nuestro Salvador es perfecto y hace todas las cosas perfectamente. Es importante para nosotros, entonces, reconocer humildemente que no siempre estamos en nuestro mejor momento al conocer y aplicar las Escrituras a los problemas a medida que surgen. Mediante el estudio, la oración y la experiencia, nuestras respuestas maduran con el tiempo. Esto significa que a veces tenemos que pedir perdón por respuestas tempranas que carecen de reflexión madura y aplicación sabia. Además, señalamos que no todo lo que se hace en nombre de Cristo es cristiano. La iglesia cristiana está tan asediada por aquellos que pretenden ser sus amigos como por sus enemigos. Tales “amigos” caen en dos categorías.

Primero, están los charlatanes que se infiltran en la iglesia. Se les puede discernir por su sed de poder. Los cristianos se irritan, pero no se sorprenden por ellos, ya que la Biblia nos da ejemplos de ellos. Uno de esos charlatanes fue Simón el Mago, un antiguo mago, que ofreció dinero a los apóstoles para obtener su poder. Fue reprendido rápidamente por Pedro y llamado al arrepentimiento (Hechos 8:9-24). Los terapeutas y exorcistas charlatanes están motivados de manera similar y necesitan la misma refutación. Empeoran la causa de la fe y dañan a aquellos que desesperan por su pecado.

Segundo, están los sinceros, quienes, por contraste, están genuinamente interesados en el bienestar de los afligidos, pero sus teorías de conversión o reparativas están equivocadas. Cuando el fin se convierte en la libertad de la aberración sexual en lugar del conocimiento de Dios a través de Cristo, tales terapias, al pasar por alto el poder del evangelio, se convierten en una forma de moralismo. Sustituyen la reforma personal por el arrepentimiento, y aunque pueden lograr una medida de cambio de comportamiento, la reforma de la conducta personal no es un sustituto de la nueva naturaleza que se ofrece a través de Jesucristo. Tales terapias son guiadas humanamente, pero el evangelio es impulsado por el Espíritu Santo. Como veremos, las personas no pueden cambiar de manera completa, duradera y para la

gloria de Dios sin poseer una nueva naturaleza.

UNA NEGATIVA CRISTIANA

Aunque la iglesia cristiana reconoce que no todo lo que se ha hecho en su nombre ha sido bíblica y teológicamente ortodoxo o pastoralmente sensible, no tenemos autorización para capitular ante el socio progresismo. No nos atrevemos a desechar la doctrina bíblica de la conversión a causa de charlatanes aislados y terapeutas mal guiados.

Primero, porque un daño mucho mayor se haría por el silencio de la iglesia sobre la necesidad universal de conversión que por su promoción acrítica de las terapias de conversión. Las terapias utilizadas en nombre de la iglesia, aunque a veces cuestionables, son temporales y en gran medida basadas en la conversación, y no son los experimentos médicos bárbaros del pasado. De hecho, no son nada comparado con las grotescas cirugías de manipulación de género apoyadas por la comunidad LGBTQ, incluso en menores. En contraste, el llamado a ser convertido tiene consecuencias eternas y necesita ser proclamado alto y claro.

Segundo, nos negamos a capitular porque es Cristo y no la comunidad LGBTQ quien es Señor de nuestra conciencia. En última instancia, lo que la comunidad LGBTQ quiere no es el fin de la terapia, sino el fin de sus conciencias perturbadas. Así, los activistas intentan seguir promoviendo el Orgullo hasta que todos concedan que la aberración sexual es natural y sin pecado. Sin embargo, esta búsqueda de cero resistencia es fútil, pues aun suponiendo que logren detener toda oposición, no pueden silenciar la voz de Dios que habla a través de sus conciencias.

Tercero, la capitulación es superflua porque lo que en última instancia causa dolor y vergüenza a la comunidad LGBTQ no es la terapia, sino el pecado. La terapia es un blanco fácil para desviar la culpa, pero hasta que los miembros de la comunidad vean sus pecados como Dios los ve (como todos debemos hacerlo), seguirán culpando a los defensores de las terapias de conversión y aversión por sus males. Esto es lamentable, porque Dios usa el dolor y la vergüenza para llamarnos de regreso a Él. La comunidad gay, entonces, estaría mejor interpretando sus emociones como el llamado de la gracia de Dios para encontrar el perdón y la paz en Jesucristo.

Cuarto, nos negamos a capitular porque homosexuales y lesbianas se están convirtiendo voluntariamente a Cristo (Salmo 110:3 [KJV]). Están entrando en la libertad que Jesús prometió (Juan 8:32) y están siendo transformados a lo largo de sus vidas. ¡De hecho, la conversión bíblica y espiritual viene sin experimentación, sin coerción y sin remordimientos! Sobre el papel, uno pensaría que esta sería una oferta atractiva para la comunidad LGBTQ. No es así, pues toda la razón de ser del movimiento del Orgullo es el amor al pecado. Así, mientras que cada conversión es una misericordia para el salvado, pronuncia un veredicto de culpabilidad sobre las mentiras que la comunidad gay acepta y difunde.

[Las páginas 1-2 han utilizado el artículo de historia de Erin Blakemore, “Gay Conversion Therapy’s Disturbing 19th-Century Origins” (www.history.com/articles/gay-conversion-therapy-origins-19th-century).].



REALIDAD DE CONVERSIÓN

La conversión de la que habla la Biblia es de un orden mucho superior al que ofrecen las terapias. La conversión bíblica habla de una transformación que es definitiva y no solo esperanzadora; que abarca toda nuestra naturaleza y no solo nuestra esclavitud a un pecado particular; que es gratuita para el receptor y no costosa; y que tiene implicaciones eternas y no solo temporales. Tal conversión merece nuestra consideración. (<https://pixabay.com/vectors>.)

EL CONTEXTO DE LA CONVERSIÓN BÍBLICA

La obra de Dios en los pecadores individualmente se sitúa en el contexto de lo que Dios ha hecho por nosotros históricamente. Al entregar a su Hijo a la muerte en la cruz, Dios nos comunica varias verdades críticas sobre la conversión del pecado a Dios.

Primero, que nuestra conversión es indispensable. Sencillamente, no debemos abandonar esta vida sin volvernos de nuestros pecados a Dios. Son una afrenta a su ley y una mancha en su hermosa creación, pero se ven de manera más grave en la crucifixión de Cristo. No podemos afirmar, entonces, “Descansar en Paz” o estar destinados al cielo mientras nos neguemos a volvernos de nuestros pecados a Dios. La conversión no nos salva —es la ocasión de nuestra salvación, no la causa— pero sí indica si estamos descansando en Cristo para la expiación de nuestros pecados. A menos que lo hagamos, estamos destinados a soportar nosotros mismos la pena por nuestros pecados. Es en este sentido que la conversión es indispensable.

Segundo, que nuestra conversión es posible. Dios no envió a su Hijo a la muerte en la cruz para que los beneficios de su muerte permanecieran latentes en las nieblas de la historia. Más bien, Dios nos señala incesantemente la muerte de Cristo en el Calvario como su oferta de perdón por el pecado, paz con Él, liberación de las garras de Satanás, libertad de la esclavitud de nuestro pecado y entrada a la vida eterna. El tiempo, aunque se agota, no ha disminuido esta oferta. Cesen, pues, de ver la cruz de Cristo como un mero hito histórico, y vuelvan a Dios.

Tercero, que nuestra conversión es deseable. Ciertamente, es deseable para Dios. Él, por así decirlo, corre a mostrar misericordia a los que se convierten, pero arrastra los pies para juzgar a los que no se convierten. El juicio, nos dice la Escritura, es su obra “*extraña*” o “*ajena*” (Isaías 28:21). Sin embargo, a medida que nuestros pecados nos pasan factura, esos beneficios de la muerte de Cristo que hemos permitido acumular polvo pueden, bajo la buena mano de Dios, llegar a ser lo más buscado por nosotros. Cómo sucede esto, lo veremos en breve. Baste decir aquí que son muchísimos los que testifican que a medida que la desesperación del pecado y sus consecuencias se asentaron en sus almas, así el recuerdo de Cristo y el llamado de Dios a ser convertido irrumpieron en ellos como un glorioso rayo de luz que brillaba a través de las nubes más oscuras.

EL CONTENIDO DE LA CONVERSIÓN BÍBLICA

Este deseo sobrenatural de conversión se debe al poder del Espíritu de Dios. Él trabaja en la conversión de tres maneras.

Primero, el Espíritu da vida a los pecadores. El Nuevo Testamento se refiere a esto mediante el término regeneración y la imagen del nuevo nacimiento. Significan lo mismo, porque ser regenerado es nacer de nuevo. En medio de un mundo del primer siglo tan quebrantado como el nuestro, el apóstol Pablo le recordó a Tito: “*cuando apareció la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, él nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su propia misericordia, por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, a quien derramó sobre nosotros ricamente por medio de Jesucristo nuestro Salvador*” (Tito 3:4-6). En otras palabras, Dios por su gracia, otorga a pecadores sin mérito una nueva vida. Nos volvemos como bebés recién nacidos, lavados de lo pasado.

Esta imagen nos la explican los apóstoles Juan y Pedro (Juan 1:12-13; 3:1-8; 1 Juan 2:28-3:3; 1 Pedro 1:3, 23). Nos enseñan que mientras que Dios Padre engendra a su pueblo, Dios Espíritu los hace nacer. Nos vemos igual y, sin embargo, nuestro nuevo nacimiento nos otorga una nueva posición (somos hijos de Dios, hijos reales en efecto) y una nueva naturaleza. Dado que todo esto es de Dios, nuestra conversión comienza sin nuestra conciencia. Solo una vez que hemos nacido de nuevo sentimos un nuevo deseo y capacidad para volvernos a Dios.

Segundo, el Espíritu nos concede arrepentimiento hacia Dios. En nuestra nueva naturaleza hacemos lo mismo que nunca haríamos ni podríamos hacer en nuestra primera o vieja naturaleza. El nuevo nacimiento nos abre a lo que nuestros pecados significan para Dios, significaron para Cristo, y nos hacen a nosotros. Cambiamos de opinión sobre nuestro pecado (ahora considerándolo condenatorio y esclavizador), sentimos su impacto (ahora odiándolo), y deseamos cada vez más ser justos y huir del pecado.

Tercero, el Espíritu nos concede fe en Cristo. Desesperados por nuestro pecado, y percibiendo que se manifiesta incluso en nuestros mejores esfuerzos, no vemos otro recurso que caer sobre Cristo para nuestro perdón y absolución. Los teólogos a veces discuten cuál de estos elementos conscientes de nuestra conversión viene primero, el arrepentimiento o la fe. El profesor John Murray (1898–1975) lo dijo mejor: los nacidos de nuevo tienen simultáneamente una fe penitente y un arrepentimiento creyente. En otras palabras, descansamos en Cristo porque estamos arrepentidos, sin embargo, en nuestro arrepentimiento nos damos cuenta de que nuestro único recurso es caer sobre Cristo. Así, estos elementos conscientes de nuestra conversión son como dos hebras de una sola cuerda. Son distinguibles pero inseparables.

Miríadas a lo largo de los siglos y en todo el mundo se han convertido. Han descubierto en la conversión que Dios nos humilla, sin embargo, a diferencia de las terapias, no nos humilla. Nos abate en nuestra propia estimación para que podamos ser elevados en Cristo. Quedan muchas preguntas sobre este milagro de la gracia y el poder de Dios, pero la de mayor importancia es esta: ¿Te has convertido?.

Dirección del remitente:

Gastos de envío:

Información Postal:

TESTIMONIO DE CONVERSIÓN

Típicamente, los medios ignoran a aquellos que antes eran gay y encuentran libertad y transformación en Cristo. Entre los más conocidos se encuentran Rosario Butterfield (antigua profesora titular de Inglés y Estudios de la Mujer en la Universidad de Syracuse) y Becket Cook, un exitoso diseñador en la industria de la moda de Hollywood.

LA CONVERSIÓN DE BECKET COOK

Durante años, Becket Cook vivió la vida de lujo, mezclándose en el circuito internacional de la moda con estrellas y supermodelos desde Natalie Portman hasta Claudia Schiffer. Haciendo sesiones de fotos para Vogue y Harper's Bazaar, asistió a ceremonias de premios y fiestas en las casas de Paris Hilton y Prince, pasando los veranos nadando en la piscina de Drew Barrymore, todo mientras vivía un estilo de vida gay.

En una fiesta en 2009, un abrumador sentimiento de vacío afligió a Cook, haciéndole reflexionar si, a pesar de todo su éxito, había algo más en la vida. Significativamente, recuerda: "Sabía que Dios nunca fue una opción, porque yo era gay. Estaba fuera de discusión. No estaba confundido sobre lo que la Biblia decía acerca de la homosexualidad. Sabía que estaba claro. Pero seguía buscando sentido".

Seis meses después, en una cafetería en el barrio Silver Lake de Los Ángeles, Cook vio a unos jóvenes participando en un estudio bíblico. Planteándoles algunas preguntas, incluyendo si creían que la homosexualidad era pecado, le explicaron la buena noticia de Jesucristo. En lugar de exclamar su locura y proclamar que venían de la edad oscura, Cook encontró que su vacío lo había preparado para reconsiderar su estilo de vida. Cuando, entonces, lo invitaron a la iglesia, fue el domingo siguiente. Lo que oyó desafió por completo su visión de la religión como gente buena haciendo cosas buenas. El mensaje de la gracia de Dios en Cristo satisfizo tanto su necesidad que, en oración a Dios, renunció a su identidad gay por una nueva en Cristo.



LAS CONVICCIONES DE BECKET COOK

Dado que Cristo desea discípulos y no solo conversos (Mateo 28:18-20), Cook se benefició de la inversión de su pastor y la familia de la iglesia. Tomó la forma de conversaciones, oración, libros y sermones. "Cada vez que escuchaba un sermón o leía la Biblia terminaba llorando: '¡Oh Dios mío, esto es verdad! ¡No puedo creer que finalmente conozco a Dios y conozco el sentido de la vida!'. Desde entonces, Cook se ha graduado de Talbot School of Theology y ha escrito una memoria, *A Change of Affection: A Gay Man's Incredible Story of Redemption*. Tiene importantes observaciones que compartir.

Primero, Cook testifica que encontró a Cristo seguro. Ya no estaba bajo presión para mantener su físico y salir en citas, ni enfrentaba de parte de Cristo las traiciones de todos sus exnovios. Descubrió que Cristo no esperaba nada de él sino que fuera fiel.

Segundo, Cook testifica sobre la psicología interna del movimiento del Orgullo. La transformación del sexo gay de un pecado a un sacramento, con su emblema del arco iris, sus desfiles y la transferencia de responsabilidad por el dolor y la vergüenza del pecado a las acciones de los terapeutas, es, dice, todo destinado a convencer de que el estilo de vida gay es correcto. Tercero, Cook testifica que la noción de un cristiano gay es "tremendamente engañosa". "Es casi como si estuvieras remojándote en tu viejo pecado, aferrándote a tu antiguo yo de una manera extraña... Así que huyo de ese término tan lejos como puedo. No es quien soy en absoluto. Si la gente me pregunta cómo me identifico, simplemente digo: 'No me identifico por mi sexualidad. Soy un seguidor de Cristo que tiene muchas luchas, incluyendo la atracción por el mismo sexo'". La gracia de Dios es suficiente para Cook, y es suficiente para todos los que de la misma manera se convierten a Dios a través de Cristo.

[Esta página se basa en el artículo de Brett McCracken de 2019, "From Gay to Gospel: The Fascinating Story of Becket Cook". Vaya a www.the-gospel-coalition.org/article/gay-gospel-becket-cook/ para leerlo completo.].

"¡No puedo creer que finalmente conozco a Dios".

PRÓXIMA EDICIÓN: 1 DE SEPTIEMBRE